

La angustia en el pentecostalismo criollo chileno¹

Universidad de Tarapacá
mmansill@hotmail.com

RESUMEN

El presente artículo interpreta desde un punto de vista filosófico, los relatos y testimonios del pentecostalismo criollo chileno. En dichos relatos se expresan los dilemas pentecostales que evidencian seres oprimidos por las condiciones económicas y sociales que vivió la sociedad chilena en el siglo XX. Estos dilemas manifiestan angustias producto del absurdo, el nadismo y la soledad, que aflora frente a la enfermedad, el alcoholismo y la pobreza, lo que le lleva a situaciones límites que lo empujan a elegir el ser pentecostal, seres estigmatizados y excluidos sociales, o el sufrimiento y la muerte. Y una vez que han elegido el ser pentecostal comienza el éxodo simbólico, interpretando el pasado, la sociedad y la individualidad de una manera trágica.

Palabras claves: Pentecostalismo Criollo, Dilema Pentecostal, Angustia.

The anguish in chilean pentecostalism *criollo*

ABSTRACT

This article interprets the accounts and testimonies of native Chilean Pentecostalism, from a philosophical approach. In these accounts Pentecostal dilemmas are expressed and that oppressed beings prove by the economical and social conditions that the Chilean society lived in the 20th century. These dilemmas manifest anguish produced by absurd, emptiness and loneliness; that rise due to illness, alcoholism and poverty, which leads the individual to critical situations that push him to choose being Pentecostal, stigmatized beings and socially excluded, or to suffer and death. Once they have chosen being Pentecostal the symbolic exodus starts, interpreting the past, the society and individuality in a tragic way.

Key words: Native Pentecostalism, Pentecostal Dilemma, Anguish.

SUMARIO 1. Introducción. 2. El ser pentecostal. 3. El heroísmo trágico. 4. De la caverna a la comunidad. 5. El diablo como fantasma. 6. Los recursos simbólicos. 7. Conclusión.

FECHA DE RECEPCIÓN: 12 DE 01 DE 2007

FECHA DE ACEPTACIÓN: 15 DE 04 DE 2007

¹ Este trabajo se inserta dentro del proyecto de tesis doctoral de antropología.. Universidad de Tarapacá Arica (UTA) y Universidad Católica del Norte (Antofagasta-Chile).

² Miguel Ángel Mansilla Agüero Sociólogo, Magister en Ciencias Sociales. Alumno del doctorado de Antropología de la Universidad de Tarapacá (Arica-Chile). 2006-2009. Becario del MECESUP Universidad de Tarapacá (UTA) y Universidad Católica del Norte (Antofagasta-Chile). Mail: mmansill@hotmail.com, mansilla.miguel@gmail.com

1. INTRODUCCIÓN

Cuando en Chile hablamos de evangélico se hace referencia a los protestantes históricos como a los pentecostales (que nacen el 12 de septiembre de 1909, producto de la separación con los metodista episcopales). Los protestantes históricos han ocupado dos zonas; por el norte, la zona tradicionalmente salitrera: los metodistas. Y por el sur, la zona colonizada por los alemanes entre la novena y la décima región: los luteranos. Por otro lado el pentecostalismo ha ocupado cuatro regiones, principalmente: Valparaíso, Santiago, Concepción y Temuco.

El movimiento pentecostal, nacido en 1909, siguió su vida independiente y aumento considerablemente el número de sus adeptos. En 1909, al nacer, contaba solo con tres grupos. En 1911 ya tenía, por lo menos 10. En 1929, al adquirir personería jurídica (bajo el título de “Corporación Iglesia Metodista Pentecostal de Chile”), tenía por los menos 22 congregaciones en diversos barrios y pueblos. Pero ya en 1928 comienza a experimentarse en Chile (y América Latina en general) lo que será la tónica del pentecostalismo: su carácter cismático, en 1928 nace al interior del metodismo pentecostal la Iglesia Wesleyana Nacional, que se centrará principalmente en la zona del carbón y será la primera corporación pentecostal en donde el evangelio tendrá un matiz social. Luego en 1932, la Iglesia Metodista Pentecostal habrá de experimentar el mayor cisma de su historia, el nacimiento de la Iglesia Evangélica Pentecostal. Esta división cismática incrementó no sólo la competitividad intereclesial por el crecimiento estadístico dentro del campo religioso chileno, sino también la competitividad intraeclesial por la consecución de dosis de poder en su seno, abriendo con ello el riesgo latente de nuevos cismas. El pentecostalismo no sólo se va a diversificar internamente a través de los acontecimientos cismáticos, sino también con la llegada del pentecostalismo misionero, de ahí que pasa a ser un fenómeno heterogéneo³.

En 1937, llega a Chile las Asambleas de Dios Autónoma de origen sueco; 1941 las Asambleas de Dios de origen norteamericano; 1945, la Iglesia del Evangelio Cuadrangular; y en 1950 la Iglesia de Dios⁴.

³ Cuando hablamos de pentecostalismo clásico y/o tradicional indistintamente, se entiende como un protestantismo carismático compuesto por un pentecostalismo criollo (representado, principalmente, por las iglesias: Metodista Pentecostal; Evangélica Pentecostal; Pentecostal de Chile), y un pentecostalismo misionero (Asambleas de Dios, Iglesia de Dios, Cuadrangular) diferenciándolo del protestantismo histórico (metodista, bautistas, anglicanos, presbiterianos, luteranos, Alianza Misionera). Es por ello que hoy podemos hablar de varios tipos de pentecostalismo: pentecostalismo criollo, pentecostalismo misionero (estos últimos llegan a Chile a partir de la década del treinta, integrando a iglesias como: Asambleas de Dios Autónoma (1937), Asambleas de Dios (1945) Evangélica Cuadrangular (1945) e Iglesias de Dios (1950)). De esta manera hablamos de pentecostalismo clásico (pentecostalismo criollo y pentecostalismo clásico) y neopentecostalismo.

⁴ Serán varias las diferencias que manifestará el pentecostalismo misionero con el pentecostalismo criollo: el reconocimiento del liderazgo femenino, como es el caso de la Iglesia del Evangelio Cuadrangular, con la llegada de dos misionera en Chile Hamsley y Baker, incluso los orígenes fundacionales de esta denominación en Estados Unidos fue una mujer: la señora Aime Semple McPherson; la segunda diferencia fue, que el

Sin embargo las Iglesia Metodista Pentecostal y la Iglesia Evangélica Pentecostal, ambas herederas de Willis C. Hoover, habrán de generar entre ellas una carrera y competencia por la evangelización, su extensión nacional y su expansión internacional. Ambas también construirán una compleja red meritocrática con la creación de distintos cargos pastorales (“pastor obrero”, “pastor probando”, “pastor presbítero”, Obispos, etc.); así como también entre los miembros (“miembros probando” y miembros en “plena comunión”) y otros distintos tipos de liderazgos y responsabilidades, visto por los miembros como verdaderos puesto de honor, lo que llegaban ahí era por ser los mejores. Por su parte los mismos pastores locales, también tendrán, no sólo sus templos, sino también un sinnúmero más de pequeños locales de iglesias-hogar, que posteriormente se independizaban con su propio pastor y quien abrió aquella obra, pasaba a ser pastor jefe. A su vez también se generará una competencia entre la construcción de los templos más grandes, porque todo ello era visto como bendición y aprobación de Dios. Desde 1910 los pentecostales tendrán una revista⁵, de publicación regular, como órgano oficial y luego en 1929 una segunda revista.

En estas revistas es justamente en donde se puede conocer distintos relatos y testimonios que nos ayudan a conocer el pensamiento pentecostal, a través de estas dos principales denominaciones pentecostales chilenas y que también se puede generalizar al pentecostalismo nacional en general. Este ensayo se basa en las lecturas de dichas revistas desde el año 1910 hasta 1989, porque creemos que con la vuelta de la democracia en el año 1990 en Chile, la concepción del pentecostalismo sobre la vida, también comienza a cambiar.

Los testimonios pentecostales encontrados en los distintos relatos y testimonios, manifiestan seres atormentados económica, social y moralmente, se debaten entre oscuros laberintos interiores y sucumben entrapados en los viejos dilemas: la responsabilidad por los propios actos, la conciencia del bien y del mal, el sentimiento del absurdo de la vida, la finitud y la tragedia de la vida sin Dios y del encuentro entre la inmanencia y la trascendencia. Así igual que el jugador⁶, como si la vida

pentecostalismo, junto con la creación y formación de templos, crearon institutos y seminarios bíblicos, para la formación de los pastores, lo que se tradujo a su vez en la atracción y formación de líderes del pentecostalismo nacional, lo que permeó su influencia; una tercera característica, es que el campo misionero, estará dirigido a las capas medias-bajas, así lo acreditan la ubicación geográfica de sus templos más importantes, la estética de sus construcciones, el estilo litúrgicos y la ideología de la movilidad social entre sus integrantes.

⁵ La revista pasa a ser órgano oficial de la Iglesia y se publica en Concepción hasta el año 1915, para luego ser editada en Valparaíso, bajo la directa supervisión y redacción del Superintendente General, Revdo. W.C. Hoover. En aquel tiempo se reproducían cartas de hermanos que se referían a los sucesos del avivamiento y numerosas experiencias de la Iglesia Metodista primitiva. En 1933 la revista se empieza a editar en la ciudad de Rancagua y en 1936 en la ciudad de Chillán, pasando en 1937 y hasta 1964 a publicarse en la ciudad de Santiago, bajo la dirección del Superintendente General y luego Obispo, Revdo. Manuel Umaña Salinas. Luego de asumir el Revdo. Mamerto Mancilla Tapia, segundo Obispo de la Iglesia, la revista se edita en la ciudad de Temuco. Debido a la expansión de la Iglesia Metodista Pentecostal a los países vecinos, la revista cambia de nombre en el año 1979, pasándose a llamar “La Voz Pentecostal”, hasta hoy. En el año 1929, se comenzará a editar una segunda revista de propiedad de la Iglesia Evangélica Pentecostal.

⁶ F. Dostoievski, *El jugador*, Barcelona, Editorial Sol 90, 2000.

estuviera trazada, en donde el Diablo atormenta y al final hay una esperanza, donde aparece Dios, quien permite cambiar la vida de un golpe de dados, el destino de las criaturas. Y es ahí donde el individuo pentecostal se rebela contra el sentimiento trágico de la vida, a través de un salto de fe, que resulta ser un absurdo; antes los ojos de los demás.

Es una rebelión existencial que tiene costos psicológicos y sociales muy altos, ya que los espectros del mal persiguen por doquier al individuo pentecostal, porque el mal es trascendente, porque no sólo se anida en los otros (el infierno son los otros), sino también en el yo (soy mi propio infierno). Y esto trae como resulta la autoexclusión y exclusión familiar. Esto se hace manifiesto en los distintos escritos (revistas, cancioneros y testimonios) por la expresión libre de los modos de sentir y los estados anímicos que caracteriza el realce predominante de lo subjetivo.

De esta manera⁷, en el pentecostalismo clásico podemos encontrar un pensamiento existencial de tipo religioso. Porque representa un intento de evidenciar el lugar del individuo del siglo XX frente a una sociedad que paulatinamente comenzó a modernizarse y masificarse; su problema extrafilosófico fue en esencia otorgar un estatus auténtico a la persona frente a un mundo impersonal. Así a pesar que ningún predicador o creyente pentecostal haya leído jamás un pensador existencialista (Dostoievski, Kierkegaard, Merleau-Ponty, Camus, Sartre, Jasper, Heidegger, Unamuno, Chestov, etc), ni mucho menos un teólogo existencialista (Barth, Tillich, Brunner o Bultman) porque toda información intelectual es vista como asesina del espíritu, de ahí la expresión máxima y recurrente del pentecostalismo: «la letra mata», encontramos la angustia como motor de vida.

Sin embargo en los relatos pentecostales encontramos los problemas dostoievskiano. El problema del sufrimiento humano; la lucha del bien y el mal en el hombre en concreto; la búsqueda del sentido de la vida y la búsqueda de la certidumbre espiritual interior sobre la aprobación divina. En última instancia el dilema entre el pan y la libertad.

También encontramos los problemas kierkegardianos. El hombre existe auténticamente en la medida en que puede mantener una relación personal con Dios, ante quien el hombre siempre es un pecador. Lo que significa que colocarse frente a Dios implica un salto existencial, que le aparta de la inmanencia, constituyendo una ruptura radical, y que frente a los ojos de los demás es un absurdo. Porque la idea de pecado y fe son escandalosas para la razón, pues hunde sus raíces en los enemigos de la razón como el absurdo, la paradoja y lo incierto. Por lo cual el medio para acercarse a Dios ya no es la razón sino la fe que es siempre algo incierto, que envuelve el pensador subjetivo, al individuo singular, en la más intensa tensión interna. En lugar de quietud y certidumbre a cerca de su relación con Dios encuentra siempre un estado de aguda ansiedad o temerosa reverencia.

⁷ E. Tiryakian, *Sociologismo y existencialismo. Dos enfoques sobre el individuo y la sociedad*, Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1969, pp 107- 122.

De esta manera los dilemas pentecostales eran las contradicciones internas del hombre, que hacen de ellos seres atormentados; la incertidumbre y ambigüedad última que genera la fe individual frente a la autoridad del pastor y la comunidad como componentes para la subsistencia de la relación con Dios; el hincapié en la libertad expresiva de la fe individual, el desarrollo de la vida espiritual interior del creyente y en el renunciamiento del Reino de Cesar a favor del Reino de Dios.

Lo último no fue difícil para los pentecostales por que evidenciaban una total desilusión frente al reino de Cesar; mientras que optaban por el Reino de Dios, que a pesar que no veían, sí decían recibir salud, provisión, calor humano y felicidad. De esta manera decían recibir del Reino de Dios el pan y la libertad que nunca encontraron en esta tierra, por ello había un ansia tan grande de partir al cielo (de morir), porque, lo que recibían aquí era una sombra de lo que había allá: una eterna felicidad.

2. EL SER PENTECOSTAL

Para el pensamiento pentecostal el hombre es una realidad inacabada, con conciencia y libertad, cuyo destino es hacerse y realizarse en medio de múltiples contradicciones de su propia vivencia trágica, lo que le engendra la incertidumbre y la angustia frente al absurdo, al fracaso, lo misterioso y lo inexplicable de su propia existencia. El individuo es definido por la situación de angustia, absurdo y agonía que da la vida. La esencia de la vida es un ansia de morir para no morir, el deseo de eternidad y la angustia, que procede del conflicto entre fe y miseria. Se realiza la fe voluntarista, la que entre el sentimiento y la razón, se decide por el primero, inmersa siempre en dudas, pero con la voluntad decidida de “creer lo que no se ve”. El sentimiento y la voluntad deben sustituir al conocimiento intelectual y la “fe racional”. La vida es, en realidad, la constante lucha entre fe y duda, entre voluntad y tentación. El hombre es problemático: hace lo que no quiere y no hace lo que quiere. El individuo se hace en el conflicto. Esto produce una experiencia angustiosa.

Por ello los temas más recurrentes son: resignación, renuncia, cansancio de la vida, abdicación, dimisión, pérdida de la esperanza, derrotismo, etc., característica de una individualidad menoscabada y deteriorada, propia de una cultura de la desesperanza donde la vida se aprecia como un hado inelectable, que con una difidencia actitud, se enfrenta a un destino como masa inerte, ante el cual sólo se puede tomar una actitud evasiva o bien de abandono. La vida social es un constante lidiar y recia eterna. Vida es sinónimo de adversidad, que religiosamente se le llama Diablo.

La vida social es entendida como una vida del fracaso, una existencia angustiante, desde el menor de los mosquitos hasta el más grande de los camellos; aunque es inexplicable el fracaso es visto como algo pestilencial, angustiosa e inexplicable. La vida pestífera y el desagrado son los ingredientes habituales que tonalizan el ahora y transformándose en fogosos luchadores que como ardid y estrategia se pelea la insoslayable batalla de la vida, para vencer el fracaso; la tristeza y la indig-

nación ante el autodescreimiento pertinaz e insidioso que se profundiza con la miseria. Por lo cual el fin de esta vida es intentar sobreponerse a los confines y lindes del averno, es el supremo intento y el asco de vivir en el fracaso; es sobreponerse a la náusea y el hastío de vivir la pobreza. Pero quienes se agarran en esta vida para “lavar sus redes” quedan atrapados y se aferran cual hambriento a su presa; su logro es la nada, su vida se convierte en desorden y malbaratamiento, una pasión inútil y de sello peculiar, puesto que la vida misma la carga como hastío y entregada a la sobrevida por ese camino; la nada aquí es entendida, como el pasado mundano de la superficialidad religiosa, el conformismo y la mediocridad religiosa.

La actitud existencial es el de “redes vacías” que implica caminar, fatigarse y caerse; sólo anhelan vivir lejos de la lucha vital, que psicológicamente construye “alas como de paloma” para volar y descansar en el desierto o en una isla solitaria, lejos de los desafíos que le pueden revertir su destino, pero le angustia demasiado. La vida resulta ser tan absurda y fatídica, que la intrepidez se utiliza para la transmisión de la fe personal a otros, que están en las cavernas. De esta manera la fe que le permite elevar la conciencia de su realidad y percibirla a la vez como algo transformable y hacerse responsable de ella. Esta fe le permite elevarse ante el destino y ver su vida, no como algo vacío y estéril, sino con una misión que tiene que llenar de significados. Esta fe, le permite atreverse a dar un “salto de fe” y arriesgarse de pasar el “valle de lágrimas”, el “valle de muerte” y resistir la necesidad que se ha convertido en “pan de lágrimas” y “agua de angustia”.

El ser pentecostal observa dos caminos. Uno elegir vivir en la perdición de un vida sin trascendencia, en la práctica de una vida que puede ser de apariencia refinada hasta la espiritualidad de la gracia y la simpatía más entrañable, puede incluso ser juzgado como una mujer y un hombre religioso, generoso y altruista, creer en un proyecto que incluso puede parecer bueno, pero la tónica de la vida es en lo íntimo débil y sin resonancia en ninguna de las tareas de la vida. Es el ser encerrado en la jaula del intramundo, enceldado y preso de su condición autolastimera y autovictimista, dado a la vocación y la presencia de la nada; aunque decepcionado del absurdo, por holganza de su existencia, su falta de sentido y vacuidad de todo, decide vivir en la precariedad como «ciervo que brama por las aguas», y abandonar ese sentimiento de la mediocridad que ensombrece caliginosa y bregamente esos intentos de fino relieve, bajo las elegíacas condiciones, como «pelicano en el desierto», como «búho en las soledades» o «pájaro solitario sobre el tejado» y que a pesar de su realidad grullada, intenta cubrir con melodías de los aforismo religiosos o sentencias de un yo decepcionado hasta la muerte, al parecer sufriente, se desliza la fría lagrima de la decepción. El segundo camino es ser un héroe trágico que se autodesigna para comprender aquel viaje regio extraordinario al monte Moriah. Se deshace de su manto de cobardía para alistarse a salir al mundo a sacrificar su mediocridad y pesado destino como “holocausto a la mediocridad individual” visto como la voluntad de Dios, a pesar de lo absurdo que pueda parecer se enfrenta al destino con sus crines ondulantes, desafía el espanto y con ímpetu y furor se enfrenta a su condición inme-

diata, pero ahora con la fuerza y el valor divino, que en medio de su angustiada situación asume su libertad, como un vértigo en donde surge la libertad. Echa la vista hacia el horizonte, que son los derroteros de su propia posibilidad, agarrándose entonces de la infinitud, para sostenerse y caminar aún con movimientos yertos, pero con una actitud segura hacia el cambio de vida de la mediocridad al triunfalismo y éxito individual⁸.

Este hombre y esta mujer siempre soportando la vida, como una cruz, viviendo el éxodo simbólico; como la única vía del evangelio, ya que siempre ha tenido que enfrentar el puro sufrimiento y negación, como conviviendo con el “aguijón de la muerte”. Ser consciente de los recursos psicológicos y espirituales de la ayuda divina, para hacerse responsable de su destino, sobreponerse a su desvalidez psicológica y enfrentar su desventura, fortaleciéndose en la fe y mostrándose cual caballero de la fe, para pelear la vida como un Abraham enfrentando al destino, derrotando su derrotero, luchando hasta que haya obtenido la victoria, hasta que sean derribado los muros del fracaso y del derrotismo. Se autoimponen vivir la vida como misión, vivir la existencia como de un mandante trascendente; un hombre y una mujer de cuya conciencia y responsabilidad se da junto a la misión del que se la delega.

3. EL HEROÍSMO TRÁGICO

Así como por la fe Abraham dejó la tierra de su familia y fue extranjero en tierra prometida. Abandonó su religión, su razón terrestre, y tomó la otra, la fe; pensando en lo absurdo de su viaje; viviendo como un desterrado de su patria bienamada, aunque parecía ser un desheredado y un despojado de la gracia divina⁹. Así el pentecostal, extrajo fuerza de su debilidad, la confianza y la seguridad que le brindaba su cielo de infancia y sus visiones dichosas, sale triunfante frente a las insinuantes sombras, de los enmarañados bosques, escarpados y escabrosos cerros de las dificultades; que se desliza en días melódicos, perplejos en su fe, más siempre puro en sus hechos, arrancó su música de las cuerdas de su lira y descubrió que existe más fe en la duda sana y honesta, que el creer ciego e ingenuo; ya que la fe, que triunfa en la adversidad, brilla más que el “oro en el crisol”, es aquel que pelea con sus dudas, gana fuerza y destreza; que no deja engeguerecer su criterio, que afronta valientemente los espectros de la muerte, las derrota y se permite asirse de una nueva fortaleza, y llega a tener una fe propia, impávida y más potente, que le ayuda enfrentar las noches con ahínco y firmeza¹⁰.

La fe es aquí entendida como un temple vital, una existencia verdadera, como un poder creador de sí mismo, ante todo, y de la obra por realizar. El presente es la futu-

⁸ S. Kierkegaard, *Temor y Temblor*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1999.b.

⁹ *Idem*.

¹⁰ S. Vila, *La nada y la Estrellas*, Barcelona, Editorial Clie, 1970.

rización como voluntad actual, su raíz es la esperanza, que es querer, no mero querer ser, sino ser auténtico. La fe es la búsqueda de lo imposible, lo absoluto, lo infinito y lo eterno, es decir la vida plena. Existe una sugerencia de una fe como pasión que los aparta de lo cotidiano, de la vida terrena misma, un lazo que se desliza por su gajate más aprisa poniendo en peligro la vida y los deja en supresión bajo la voluntad divina y un extraño amor¹¹. El individuo que “vive para Cristo”, tiene conciencia que sus actos trascenderán la vida terrenal y debe asumir la responsabilidad de la especie entera (familia y “los perdidos en la caverna”); pero en todo momento debe vigilar y velar por su salvación para que no se pierda, «no sea que siendo heraldo para otros venga a ser réprobo». Por lo tanto tiene que persistir y ver en la angustia una categoría del espíritu que enseña, así la realidad del espíritu se presenta siempre como una forma que incita su propia posibilidad, por lo cual el problema y la angustia presenta algunos rasgos cuya búsqueda promete nuevos esclarecimiento. Tiene este efecto una innegable relación con la espera, pero la presencia de Dios se manifiesta como una ineluctable fuerza mágica que impele al individuo a trazar su destino como algo posible, alcanzable y mediato¹².

La fuerza mágica y el cielo de infancia que significa la fe, le da la fuerza volitiva al hombre y a la mujer, para vencer los cerros del derrotismo y del fracaso. Esta fe se complementa con las capacidades humanas de la fuerza emotiva y cognitiva que le permite cambiar sus prioridades, construyendo un proyecto de vida en ausencia de una pérdida en la vida anterior, antes de la conversión religiosa. Se necesita soñar con un futuro mejor, pero esa capacidad se ve bloqueada, por el bajo nivel de esperanza, una baja capacidad para realizar las aspiraciones y a la vez por la baja autoestima individual o grupal. Existe la idea de que el pasado es un obstáculo más que una fortaleza y, en muchos aspectos, la noción de un futuro abierto se languidece por un presente lóbrego, sombrío y abyecto.

Como la fe se entiende en este contexto la creencia en un absurdo, una paradoja, una virtud del absurdo. La fe es una paradoja según la cual el individuo está por encima de lo general; no como un subordinado a la realidad y a la intramundanía, sino siendo y viendo algo muy superior, porque este individuo se encuentra en una relación real con lo absoluto transformándose en el héroe trágico que pelea, como un hidalgo de la fe, que se expone al milagro de la fe, al don sobrehumano y extracotidiano proyecto. La fe es el sobreimpulso, una segunda fuerza nacida de la flaqueza, que nace entre lo absurdo y la contradicción, que cuanto más débil es el hombre más fuerte le constituye. Por la fe no se renuncia, sino que a pesar de la mirada quejumbrosa y sombría ve el claroscuro de la posibilidad abierta y distinta del logro y la transformación de la circunstancias. La fe es así locura y frenesí para luchar impávida e impertérritamente, que ante un observador socrático se le puede catalo-

¹¹ C. Narvarte, *Nihilismo y violencia. Ensayos sobre filosofía contemporánea*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1981.

¹² S. Kierkegaard, *De la tragedia*, Buenos Aires, Editorial Quadrata, 2005.

gar de locura y frenesí o frente a un platónico ser acusado de misólogo; tal vez haya que reconocer, en términos generales, que todo deber le es dado siempre al hombre de un modo concreto solamente, en la concreción de lo que el hombre “debe” hacer precisamente “aquí y ahora”. Los valores absolutos, se convierten así en deberes personales, así no sólo encontramos en estos relatos “valores vivenciales”, sino también “valores de situación”.

Esta forma de comportarse ante la limitación de sus posibilidades abre ante él un reino nuevo y propio de valores, que deben contarse incluso entre lo más altos. Una existencia empobrecida puede ofrecer, a pesar de todo, una última posibilidad, y a lo mejor la más grande de realización de valores. En estos “valores de actitud” lo que importa es la actitud que el hombre adopte ante un destino frío y ajeno. La posibilidad de llegar a realizar esta misión, se da por tanto siempre que una persona se enfrenta con el destino, aunque parezca un implacable fatalismo; un tortuoso y flexuoso hado, pero que adquiere el valor de pararse frente a él y afrontarlo, pero con la Gracia y la Misericordia de Dios¹³.

4. DE LA CAVERNA A LA COMUNIDAD

El pasado es representado de distintas formas: “camino de pecado”, “vida perdida”, “vida de oscuridad”, “muerto en delitos y pecado”, “vera del camino”, etc. El pasado es una “no vida”, es un estar fuera o ser arrojado, se manifiesta ya sea un estar fuera de los vínculos sociales como el trabajo, que le permite la integración a los distintos beneficios y seguridades sociales, como la movilidad y el ascenso social; pero de un momento a otro esto se pierde y aunque se busque ayuda ya no se encuentra debido a la ausencia del Estado y de los diversos vínculos sociales clásicos como el sindicato y los partidos políticos. Frente a esto el individuo se ve impulsado a la búsqueda y satisfacción de sus propias necesidades, sin las herramientas psicológicas y sociales suficientes y eficientes, ante tal ausencia sólo se recibió la ayuda de la divinidad representada y materializada en la comunidad pentecostal; pero se transforma en una conversión.

El presente es sinónimo de encuentro, salvación y conversión (el paso de perdición), es una experiencia fundante de encuentro personal con Jesucristo, descrita indistintamente como “conversión”, “nuevo nacimiento”, “nuevo comienzo”, “cambio de vida”, etc. Se trata de vivir la fe, de tener una experiencia de Dios. Usando una imagen bíblica, se puede decir que para los pentecostales, cada cristiano ha de vivir su experiencia de “camino a Damasco”. A Pablo no le bastó con escuchar la predicación de los primeros cristianos. Lo que escuchó causó más bien su rechazo y lo empujó a perseguir a aquella comunidad. Lo que cambió el rumbo de su vida y lo convirtió en parte de la comunidad que antes perseguía, fue su encuentro personal

¹³ V. Frankl, *Psicoanálisis y existencialismo*, México, FEC, 1970, p. 60.

con Cristo resucitado en el camino a Damasco. La vida antes del encuentro con Dios se la percibe como una vida de profunda precariedad y necesidad. Y es precisamente para los necesitados para quienes una buena nueva tiene sentido; ya que «los sanos no tiene necesidad de médico, sino los enfermos». Las personas describen la experiencia como un cambio que ocurre en ellos mismos, pero muchas veces también en su contexto social. Ciertamente no se trata de un cambio inmediato en las condiciones objetivas de su vida (su condición social, laboral, familiar, etc.), sino en su propia subjetividad, es decir, en el modo de verse a sí mismo y de ver su contexto social y la vida en general. Se podría decir que cuando Jesucristo, mediante Espíritu, toma control de la vida de la persona, esta misma adquiere ahora un control sobre su propia vida del que antes carecía¹⁴.

Este individuo ahora se hace cargo de su propio destino, que implica entre otras cosas la modificación de los vínculos tradicionales, sus referentes sociales y una rejerarquización de sus necesidades individuales, los cuales los considera como basura y pérdidas por amor a la vida eterna. Se hace consciente y responsable de su vida, entendiendo que cada vez más la vida cotidiana se transforma en un cálculo de riesgos y beneficios individuales, producto de la capacidad de elegir, pero que en esta elección el mal puede estar cubierto. En una sociedad donde los proyectos colectivos dejan paso a los proyectos individuales, el futuro está abierto, pero limitado a la pronta venida de Jesucristo; por lo cual se presenta lleno de oportunidades pero también de amenazas. Exige de cada uno construir sus propios destinos, cosechar individualmente los frutos, pero pagando también individualmente los costos; pero esta individualidad no se entiende fuera de la comunidad. Fuera de la comunidad, aumenta la sensación de aislamiento y desamparo social; pero dentro de ella están los recursos emocionales, afectivos, psicológicos y sociales para hacer frente la vida individual. Por ello que en esta época era tan común en el pentecostalismo realizar “medias vigiliias”, “vigiliias enteras” y “cadenas de oración”, por la necesidad y el deseo de estar juntos y ante el peligro rondante o bien la inminente venida de Jesucristo como “ladrón en la noche”, es decir los momentos más sombríos y caliginosos de la historia.

El pasado, como experiencia de la “no vida”, no es algo pasado simplemente, sino que puede volver ante el menor descuido, es aquella sombra que persigue, en el ser y el devenir de la vida religiosa; es el fantasma que asecha como “león a su presa” o como “lobo vestido de oveja” y que es difícil de identificar así que hay que andar sigilosamente. Porque esta afuera y adentro de la comunidad simultáneamente: afuera en el mundo y dentro en la naturaleza pecaminosa del ser humano activada, como “caballo de Troya” en las sensaciones individuales y las conversaciones cotidianas, por lo cual, el pasado, a pesar de ser transformado en ceniza, se puede

¹⁴ J, Sepúlveda, “Una aproximación teológica a la experiencia pentecostal latinoamericana”, en *Red de teólogos e investigadores sociales del pentecostalismo en América Latina* (2002). www.geocities.com/atipalc/main.html. Consultado en enero del 2007

levantar de ahí como “ave fenix” y descarriarse como cristiano, ante la cual la condición viene a ser “siete veces peor que antes”. Estos aspectos de la inseguridad e incertidumbre reinantes, se evidencia en el discurso pentecostal clásico, por ello siempre se escuchaba en las esquinas de la calle, el púlpito o bien en los testimonios: «antes cuando yo estaba en el mundo...» reiterativo principalmente en los relatos masculinos, porque los espectros del pasados eran más influyentes en ellos.

El presente es la balanza en donde puede verse retrospectivamente. Desde aquí la vida anterior es entendida como perdida, diabólica (adversa) y sin sentido. Ahora el individuo asume su responsabilidad y concientización frente al pasado y comprende que, lo que hará ahora afectará su futuro, es la conciencia del nadismo, es decir el nadismo del pasado, esta voluntad nihilizante que entiende la vida anterior como una vida sin Dios, una vida por antonomasia de pecado, una vida de escándalo, de golpes, rebotes, trampas y ardid. Esta vida pasada sin Dios, donde reina el descontento, el hastío, una forma de asco de sí y del “culto al instante”, es algo al que no se quiere volver, los fantasmas se materializan en las amistades, compañeros y familiares. Por lo tanto se hace totalmente necesario buscar a Dios cotidianamente, para no volver a “caer”, ni “volver atrás” ya que la nueva vida es un camino angosto, pero lleno de confluencias y diagonales difíciles de detectar en un comienzo cuando se está alejando del “verdadero camino”, que es Jesús. Para percibir esto se hace necesario constantemente la oración, la lectura bíblica y la asistencia a los cultos. La comunidad resulta ser la fortaleza y el castillo de protección contra el turbión, que no solamente puede azotar, sino también matar.

La cercanía y el riesgo de la muerte simbólica, el sin sabor y la desesperanza, lo que hace consciente a este individuo que ahora se yergue frente a la vida del cual, él sólo es responsable ante ella. Se ve por lo tanto, remitido al hecho primigenio de que la existencia es ser consciente y ser responsable. Y se da cuenta de una característica que hasta entonces no se había dado cuenta, esto es su carácter finito y la cercanía de la muerte, pero cual Job en medio de la prueba, se agarra de la vida y llama hasta que está seguro de ser escuchado de su lastimera solicitud y encuentra una respuesta religiosa, una seguridad mayor que hasta entonces no había experimentado: el bautismo del Espíritu Santo. Pero como experimentó la muerte y la desesperanza, frontera infranqueable e insoslayable del futuro y la inexorable limitación de todas las posibilidades humanas se ve obligado, desde ahora en adelante aprovechar el tiempo limitado de la vida y a no dejar pasar en balde, desperdiciando las ocasiones que sólo le brindan una única vez y cuya suma finita compone la vida. Por lo tanto es la consciencia de la finitud, la temporalidad y el carácter irreversible de su vida, lo que le permite hacerse consciente y cargo de su propio destino ahora haciéndose responsable, ya que «todo lo que el hombre siembra de ello cosecha»; pero con la diferencia que su carga se hace más fácil y ligera, por el Espíritu Santo. Entonces el pasado no desaparece ante el “hielo ardiente” del recuerdo, pero su sombra se hace menos amenazante.

«Nada me hechizó, el mundo me desengaño», es la premisa fundamental de un pentecostal convertido, una de las metáforas que más aparece en los cantos es un

pequeño barco en medio de un mar embravecido, donde la figura del mar que representa la sociedad y las “olas furiosas” los distintos conflictos sociales como: el alcoholismo, la pobreza, la ruptura matrimonial, el desempleo, la delincuencia, el malestar social y la pérdida de sentido, producto de la constante individualización de la sociedad, estos no reciben ayuda social o bien cada uno tiene que tener su propio barco o salvavidas para luchar, pero ante la ausencia, se acepta la ayuda del Gran Barco que representa la divinidad, materializado en la comunidad pentecostal. La vida es visto como una guerra, en donde el individuo se encuentra solo, abatido, anudado, sin fe, exánime, inerme y nauseabundo, que expresan un estado de ánimo y psicológico central como es la angustia, que se relaciona con la individualidad y la libertad; ante el cual el individuo señala que la angustia consume toda sus fuerzas y sus posibilidades disminuyen todas las falacias de las promesas, la sociabilidad y la solidaridad, más bien el “otro”, en medio de estas situaciones se constituye en un desconocido, un indiferente en un verdadero “sacerdote y levita”, que a pesar de ver que él está herido y sin posibilidad de socorro, éstos pasan de largo, cerrando los ojos, los oídos y ensimismados continúan su camino.

En tanto este individuo yace postrado y sin esperanza, se da cuenta que aún el gozo de las cosas mundanas no le da las fuerzas suficientes para levantarse, sino que por el contrario le permite darse cuenta de su finitud. Entonces se profundiza el tedio, la insatisfacción y la desesperación de vivir, pero ahora ya no en la finitud vacua y fútil de lo mundano, sino saltando a la otra ribera, a la ribera de lo trascendente y lo extramundano: este salto le permite desgajarse de lo intrascendente y se instala en la barca que lo lleva a la profusidad de la existencia¹⁵. Aquí nos encontramos ante una forma de nihilismo que tiende a negar a la vida terrenal toda grandeza, a hundirla en la nada por el camino de la sombría fe. Esta vida es entendida como una vivencia sin trascendencia, incluso es considerada como una no-vida, por su sin sentido y la vacuidad de todo, que se constituye en una nadería y disímulo bostezo.

Para el pentecostal la expresión de Jesús «estamos en el mundo, pero no somos del mundo», no es una metáfora o una expresión contextualizada, sino literal y real; ya que la “sociedad es suciedad” y las representaciones sociales que de ella se hacen sólo se pueden entender con toda su profundidad cuando se ubican históricamente, por ello la sociedad es sinónimo de; Egipto, Filestea, etc., símbolos de la perdición, seducción y la corrupción. En este sentido los pentecostales son como los “esenios latinos¹⁶” Por ello resulta tan significativo la salvación, entendido como redención,

¹⁵ S. Kierkegaard, *Temor y Temblor*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1999b.

¹⁶ Los esenios fueron un grupo religiosos del siglo II a. C. constituidos por hombres que se daban al ascetismo, con la esperanza de huir de las impurezas rituales, se constituían en colonias separadas. El que entraba a la comunidad abandonaba todos sus bienes, viviendo, comiendo y vistiendo en forma sencilla. No poseían esclavos, pues no reconocían diferencias de condición, excepto en el plano moral, que identificaban los puros e impuros. Prometían honrar a Dios, ser justo, no herir a nadie, incluso cuando eran provocado, detestar el mal, alentar el bien, ser leales, especialmente hacia las autoridades, amar la verdad, no hurtar a nadie, abstenerse de toda ganancia ilícita.

que implica el rescate del individuo del pecado cuyo efecto es la perdición. Dentro de esta cosmovisión la realidad es concebida en categorías dicotómicas: el bien y el mal, lo celestial y lo terrenal, el cielo y el infierno, la pobreza y la riqueza, la salvación y la perdición, el espíritu y la carne, etc. La vida en la sociedad o en el mundo es pasajera, por lo cual sólo las satisfacciones materiales o terrenales se entienden como satisfacción viática, es el ofrecimiento de la extensión del evangelio, de satisfactores en el aquí y ahora, tales como la salud, el trabajo, la liberación y las necesidades básicas. Así la salvación es un proceso, es un estar siendo, es un proyecto de vida. Por ello en los textos aparece referido como “éxodo simbólico”, representado por connotaciones como: “camino a Canaan” o “desierto espiritual”, que al igual que el Peregrino de Buyan, sólo hay que cargar lo necesario y lo suficiente para el viaje, lo otro está en manos de la Divina Providencia.

5. EL DIABLO COMO FANTASMA

Diablo¹⁷ es un nombre que significa “adversario” al igual que Satanás que también significa “adversario”. Estas connotaciones de enemigo, opositor, antagonista, etc., lo que permite concebir la vida como brega, lidia, disputa y pugilato. Sin embargo esta vida cotidiana concebida como adversa y opuesta a los proyectos personales, no lucha sólo sino que posee una “coadyuvancia carismática” representada por el Espíritu Santo, que se expresa en poder y autoridad, es decir en la capacidad moral, psicológica y física, para lograr determinados propósitos en conjunto con los derechos y potestad delegada por la divinidad para poner en práctica y constituirse en una ayuda eficaz y eficiente.

En la historia del concepto del diablo: No hay ninguna definición objetiva; el diablo solo puede definirse históricamente; la definición histórica del diablo puede obtenerse en referencia a las definiciones del mal que son a su vez existenciales; el diablo es la personificación de lo que se percibe socialmente como malo; el concepto del diablo consiste en la tradición o las tradiciones de las percepciones de esa personificación. Así pues el diablo concentra, personifica y representa el mal en contextos sociales e históricos particulares¹⁸.

¹⁷ El mundo, para el pentecostal, está gobernado por el diablo, que no es mito sino real. Para la sociología es un mito; pero no significa, que los mitos son reales por contraposición a su mundo plagado de fantasmagoría e irrealidad. La mayor parte del pensamiento no es lógico, sino analógico, metafórico y simbólico. El mito es la naturaleza simbólica de la verdad de la existencia humana. La capacidad del mito tiene un enorme valor porque trasciende lo consciente. Los mitos son producto del inconsciente, afinados y modificados por el consciente. Que cambian con el tiempo, por lo cual, siendo el diablo real como significado es algo que cambia en el tiempo, su representación y sus consecuencias. H. De Wit, *He visto la humillación de mi pueblo. Relectura de Génesis desde América Latina*, Chile, Amerindia, 1988.

¹⁸ L. Rogelio. “La construcción social del miedo por estrato social” (2002). Consulta 4 de octubre del 2006. <http://sincronia.cucsh.udg.mx/zamora.htm>

Y es justamente, en condiciones sociales concreta donde el “diablo anda suelto” buscando a quien destruir. Dando a entender que hay épocas que está atado, que no puede hacer daño, porque su accionar está controlado, vigilado y absolutamente delimitado. Anda como “león rugiente buscando a quien devorar”. El león es aquel que tiene el poder natural o socialmente dado para la violencia, porque le ha sido otorgado por un tiempo; mientras el “ser como”, implica usurpación del poder para gobernar, para infundir temor, miedo y sujeción absoluta; como es el caso de los golpes militares. También se “presenta como ángel de luz”. Es decir, inicialmente se presenta como la respuesta esperada, la solución inmediata y la salvación, para que su poder sea legítimo, hasta que se ha ganado la confianza y ha logrado controlar el accionar de quienes le brindaron esa confianza se muestra “tal como es”, pero ya no hay vuelta atrás, sólo hay que comenzar a hilvanar el cómo expulsarlo. El diablo, no es alguien que sale, sino a condición de expulsarlo con violencia, él no hace caso de “conjuros mágicos”, sino con la autoridad de Jesús. Así el diablo representa el poder económico, político y religioso y donde más ataca son los que están desprotegidos, estos son justamente los pobres. Justamente como nunca se acentuó la presencia del diablo, en las diferentes prácticas discursivas pentecostal, como lo fue en el gobierno militar (1973-1989).

El diablo representa también la forma típica de la trasgresión social masculina es, al hombre a quien más ataca. Se vincula de modo directo con el consumo del alcohol, a veces solamente con él, pero también con la sexualidad desenfadada o la sexualidad por fuera de las reglas sociales que lo circunscriben al matrimonio, la irresponsabilidad como proveedor, la sexualidad desligada de la reproducción y la familia, por lo tanto ligera, del placer pasajero y lujurioso. La encrucijada de la masculinidad planteada coloca al hombre en una cuerda floja, siempre entre abismos, entre dos formas de ser, simultáneamente aceptadas y reprochadas socialmente en el poblado. Las representaciones diabólicas asociadas con la trasgresión masculina derivan de la misma noción de masculinidad que prevalece en la cultura local: al hombre le es socialmente permitido el acceso al alcohol y a los prostíbulos¹⁹. No es sólo que el hombre, por supuesto, tiene socialmente más libertad, es que la libertad le es socialmente concebida en razón de que él es sexualmente más “animal”, él es más naturaleza social, su sexualidad se impone sobre su razón, incluso sobre sus sentimientos. En el hombre la sexualidad se concibe como pura, desarraigada e instintiva. Este es el marco referencial que hace que la infidelidad masculina y el consumo de alcohol sean soportados: “es hombre” –se dice– y con eso se explica todo. Así, y dentro de estos parámetros culturales el hombre “cuando es macho” es situado cerca de la animalidad, su sexualidad es potencia, fuerza, vitalidad desatada y desenfadada. No obstante el encuentro con esa sexualidad entendida como típicamente masculina y de facto socialmente aceptada, es sin duda el encuentro con el caos, el desorden social y familiar, es el sujeto desprendido de su ser social, de su

¹⁹ *Idem.*

nombre propiamente, de su papel social, de su rol de buen hijo, de esposo, padre y proveedor. Patéticamente al ser él se convierte en “otro”.

En cambio al hombre pentecostal no le debe dominar el diablo, porque tiene la naturaleza de Jesucristo, sin embargo como no se desaparece su naturaleza humana, sino que entra constantemente en conflicto; en un comienzo asume plenamente su “rol divino”: buen padre, el esposo proveedor, que no bebe y que no tiene “otras mujeres”. No pierde su masculinidad, pero está subsumida, él esta dominado en el espacio doméstico y religioso, atado a la mujer de la casa y por lo tanto sujeto a la burla social; ser débil en el mundo doméstico es estar debilitado por lo mismo en el mundo público. Pero como Pablo, el hombre pentecostal dice: «el querer hacer el bien está mí, pero no el hacerlo, pero el Espíritu Santo me ayuda a hacerlo». Sin embargo, en la congregación la trasgresión masculina es socialmente permitida es también la más frecuente y la que adquiere consecuencias reales para la vida cotidiana: produce sufrimiento a la mujer, implica un acto de infidelidad en términos de las relaciones amorosas, pero también puede implicar el abandono de las preocupaciones familiares, un atentar real contra la sobrevivencia y calidad de vida de sus miembros, mal testimonio, etc. Pero a pesar ello la mujer y los hijos siguen en la iglesia, así que volverá pronto, aunque ahora le va a costar más por que el «diablo lo tienen atado siete veces más que la condición anterior».

La vida se ve como una constante lucha, conflicto y batalla. Desde esta perspectiva existe una relectura centrada en la concepción paulina de la Biblia, al considerar la vida como un campo o arena de batalla, entre lo corporal y lo espiritual, entre la antigua y la nueva vida. La vida del creyente se transforma en una lucha cosmológica entre el Diablo y Dios. Para este sujeto en su conciencia está la idea de que la fuerza para actuar le llega de la posesión de la salvación religiosa central y de que con ello sirve a Dios, el asceta adquiere una y otra vez la seguridad de su estado de gracia. Se siente como un luchador de Dios, con independencias de quién sea el enemigo y con qué medios haya que combatirlo, y psicológicamente la salida del mundo no es una escapada, sino una victoria continúa sobre tentaciones frecuentes con lo que tiene que luchar repetidas veces. El asceta que rechaza el mundo tiene al menos la relación interior negativa de la lucha insistente con el “mundo”, y no de huida²⁰.

La fe permanece viva y se perfecciona en el sufrimiento como el “oro en el crisol”. Aún más, el ser humano crece y madura en el sufrimiento, el dolor le temple, le hace más humano y más empático. Aquel que no está preparado para sufrir, ante el golpe del infortunio se aturde o trata de distraerse, “no aprende nada”. Trata de huir de la realidad. Va a refugiarse en la embriaguez, el sexo y la estupidez, de esta manera se autoengaña, pensando que por medio del aturdimiento, borra también del mundo el objeto mismo de la emoción, como si que lo que desplaza, desaparece de la realidad. Así la huida del mundo de la realidad y el aturdimiento, lleva al ser humano del mundo real al mundo de la apariencia, aun estado de nirvana. El aturdi-

²⁰ S. Kierkegaard, *Tratado de la desesperación*, Buenos Aires, Santiago Rueda-Editor, 1960.

miento es una especie de narcótico espiritual. Y del mismo modo que la anestesia quirúrgica puede conducir a una muerte narcótica, la anestesia espiritual puede acarrear a la muerte espiritual. A fuerza de reprimir constantemente las reacciones emotivas, tan plenas de sentido propio, para evitar la sensación de dolor o de pena que llevan aparejadas, acaba embotándose en el hombre la vida afectiva²¹.

6. LOS RECURSOS SIMBÓLICOS

La angustia es una situación que acompaña toda la vida, porque muchas de las situaciones a las que se ven enfrentadas son inevitables. Tienen que buscar las oportunidades para modificar y mejorar esas situaciones, ya que ello es parte de su libertad y vida existencial, en donde encuentran momentos insoslayables que no pueden evitar sufrir. Pero existen ciertos momentos en que ésta se acentúan y se transforman en “situaciones límites” de las que no pueden evadir, pero sí modificarlas; sólo les cabe aceptarlas por un momento, pero con la visión de la modificación, ya que es así, mientras vivan en este “mundo conocido” como la “negación de su propia casa” y que paulatinamente se va empeorando, por lo cual dichas situaciones se transforman en más recurrentes²².

Pero la permanencia de estas “situaciones límites”, para aquellas personas que siempre viven al límite, en las frontera y en la línea de la pobreza, la miseria, la enfermedad, el desempleo o bien la ausencia de un trabajo humano, seguro y bien tratado; conlleva a las personas a un “cansancio existencial”, un cansancio que no es físico, y no sólo psicológico, sino también espiritual, que deja a las personas vacías de ánimo, de esperanza y con miedo a la aventura y al riesgo. Es este mismo cansancio es lo que conlleva a la “anestesia histórica”, girando alrededor de sus problemas y sus preocupaciones personales, no pueden percibir lo “inédito viable” más allá de las “situaciones límites” que estaban inmersos²³.

Sin embargo, para muchas personas, son estas situaciones lo que lo han moviliado a escuchar y creer en el discurso pentecostal, como una “acto límite”, acciones necesarias para romper con las “situaciones límites”. En dicho discurso, pudieron escuchar que, no sólo están presente los temas vividos por aquellos que lo escuchan, sino también la esperanza: la posibilidad y la apertura, quizás para muchos la última oportunidad, de romper, superar y negar lo dado, negarse a la aceptación dócil y pasiva de lo que está ahí, implicando una postura decidida frente al mundo. Pero en este discurso no desaparece la angustia, sino que ahora adquiere sentido y significa, que ésta ya no es casual y azaroso; la vida ya no consiste en puros inviernos, sino

²¹ V. Frankl. *Psicoanálisis y existencialismo*. FEC. México. 1970

²² S. Kierkegaard, *Tratado de la desesperación*, Buenos Aires, Santiago Rueda-Editor, 1960.

²³ P. Freire, Paulo, *La pedagogía del oprimido*, México, Editorial Siglo XXI, 1998.

también en pequeñas primaveras y veranos, que hay que saber vivir y administrar; mientras duran como “vacas gordas” antes que vengan las “vacas flacas”.

La consciencia permite reflexionar y actuar para derribar las situaciones límites que los obligan hacer todo lo posible. Toda consciencia es siempre consciencia de algo, aquella que se busca. La consciencia de sí de los seres humanos implica la consciencia de las cosas, de la realidad concreta en que se hallan como seres históricos y que aprehenden a través de su habilidad cognoscitiva. El conocimiento de la realidad es indispensable para el desarrollo de la consciencia de sí, y éste para el aumento de aquel conocimiento. Pero el acto de conocer que, si es auténtico, exige siempre el desvelamiento de su objeto, que se torna un aspecto muy significativo, en el proceso de concientizador, que la realidad sea aprendida no como algo que es, sino devenir, como algo que está siendo²⁴, entonces el individuo tiene la libertad de decidir, porque tiene consciencia, ya que su realidad le ha sido develada y ahora adquiere responsabilidad.

La responsabilidad es el de la posibilidad de hacerse cargo de la acción que le ha sido asignada, reconociéndolo como principio de ella y adscribiéndole el mérito o la culpa. La responsabilidad es parte de la libertad, ya que el hombre es responsable ante lo que es y lo que hace, es responsable de su existencia, pero no significa sólo responsabilidad de sí mismo, aunque lo es ante la divinidad, sino también de su familia que también lo es ante la divinidad; por lo cual su responsabilidad es mayor ya que compromete la individualidad y la familia. Por lo cual, la elección y la responsabilidad provoca angustia, en el sentido que no puede escaparse de ella, pero tienen esperanza.

La esperanza es una necesidad ontológica, es necesario, aunque no suficiente, para transformar el mundo de la vida. La esperanza, aunque ella sola no gana la lucha, pero sin ella la lucha flaquea y titubea pensar que la esperanza sola transforma el mundo y actuar movido por esa ingenuidad es un modo excelente de caer en la desesperanza, en el pesimismo, en el fatalismo. Pero prescindir de la esperanza en la lucha por mejorar el mundo, como si la lucha pudiera reducirse exclusivamente a actos calculados, es una frívola ilusión. Prescindir de la esperanza que se funda no sólo en la verdad sino en la calidad ética de la lucha es negarle a una persona uno de los soportes fundamentales. En cuanto necesidad ontológica la esperanza necesita de la práctica para volverse historia concreta. Por eso no hay esperanza en la pura espera, ni tampoco se alcanza lo que se espera en la espera pura, que se vuelve espera vana. La esperanza tiene que ver con lo “inédito viable”, es algo que el sueño utópico sabe que existe pero que sólo se conseguirá por los “actos límites”. Lo “inédito viable”, es algo todavía no conocido y vivido claramente pero ya soñado, y cuando se torna en percibido, por los que piensan utópicamente, entonces éstos saben que el problema ya no es un sueño y que puede hacerse realidad²⁵.

²⁴ P. Freire, *La importancia de leer y el proceso de liberación*, México, Editorial Siglo XXI, 2001, p. 84.

²⁵ P. Freire, *Pedagogía de la Esperanza*, México, Editorial Siglo XXI, 1992.

7. CONCLUSIÓN

El pentecostalismo criollo fue como el poeta que señala Kierkegaard²⁶, un hombre desgraciado que oculta profundas penas en su corazón, pero cuyos labios están hechos de tal suerte que los gemidos y los gritos, al exhalarse, suenan como hermosa música. A este poeta le acontece como a los pobres infelices que eran quemados a fuego lento en el interior del toro de Falaris, esto es, que sus gritos no llegaban al oído del tirano causándole espanto, sino que le sonaba como la más suave música. La vida evidenciada en los relatos pentecostales, fue como un potaje amargo, pero que había que beberlo gota a gota, lentamente, llevando la cuenta, pero cuando se producía ese encuentro con Dios, ese salto a la otra rivera, ese absurdo encuentro, aquel potaje se transformaba en un alimento agridulce, que endulzaba el corazón, permitiendo exhalar alegría, aún en el dolor sangriento y lastimero de la miseria, la enfermedad y la pobreza.

Pero hoy los corazones pentecostales han dejado de sufrir, sus almas ya no desazonan sufrimiento, los gritos ya no amedrentan y su música es lisonjera; más bien son críticos de los poetas, porque como dice Kierkegaard, un crítico se parece mucho a un poeta, con la sola diferencia que no tienen penas en el corazón ni música en los labios. ¿Porqué?. Porque hoy estamos ante una época presente, sin revolucionaros ni ascetas, es la época de la publicidad, la época de los misceláneos anuncios; no sucede nada. La época de las grandes y buenas acciones ha pasado, la época presente es la de anticipaciones. Nadie quiere conformarse con hacer algo determinado, sino que cada uno quiere dejarse adular por la reflexión imaginándose que al menos logrará descubrir un nuevo continente. Nuestra época se preocupa de los banquetes, dejando para la generación posterior el trabajo²⁷.

²⁶ S, Kierkegaard, *Temor y Temblor*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1999 b, p. 51.

²⁷ *Idem.*, *La época presente*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2001, p. 45.